

# LOS ARTISTAS EXTREMEÑOS Y SU RELACION CON PORTUGAL

## I

Hemos pensado muchas veces en la realidad de la influencia mutua entre Portugal y Extremadura en todos los aspectos: histórico, literario, artístico, etc. Queremos hoy exponer algunas de estas relaciones, que marcaron hitos dignos de tenerse en cuenta en la línea espiritual, profesional y humana de muchos de los que, nacidos en Extremadura, sintieron la llamada de Portugal, y allá fueron y allí vivieron momentos cruciales de su existencia.

Tal ocurrió, por ejemplo, con Carolina Coronado, con Espronceda, con Adelardo Covarsí, con Bonifacio Lázaro, por no citar más que algunos.

La lista se haría interminable si tocáramos el palillo histórico, cosa que no vamos a hacer en esta ocasión, limitándonos a presentar al lector exclusivamente a los escritores y artistas plásticos que estrecharon con su Arte la consustancial hermandad de ambos pueblos.

Quizá en este trabajo no estén todos los que son, ni sean todos los que están, como dice el refrán; pero es que al investigador, por variads circunstancias, siempre se le queda algo en el tintero, por incapacidad de abarcar todo el ámbito del tema.

De todas maneras, con los aquí escogidos, creemos reunir un plantel de extremeños, estrechamente conexiados con el país vecino. Y como esa era la idea que dió lugar a este trabajo, nos damos por satisfechos si lo hemos conseguido.

## II

## DOS DE ALMENDRALEJO

Carolina Coronado y Espronceda, tienen de común tres cosas: ser poetas, ser románticos y ser de Almendralejo; y una circunstancia distinta en sus vidas, en lo que se refiere a sus relaciones con Portugal: dolor de Carolina en Poço d'Arcos y alegría de Espronceda en Lisboa. Aquélla perdió a su esposo; éste, halló a Teresa.

En poesía, Carolina fué todo ternura; Espronceda, acometividad; en edad, él corto en vida y largo en producción; ella, longeva en sus noventa y pico de años y variante en la creación literaria.

El mayor éxito de Carolina no consiste en el hecho único de haber sido una excelente poetisa, sino en la circunstancia significativa de haber sido su casa sede de una tertulia literaria renovadora y a la vez clásica, por la que desfilaron los mejores escritores y políticos de la época: desde Quintana a Castelar, desde Zorrilla a Dumas y Villoslada. Espronceda, por el contrario, fué el impenitente trotador de caminos europeos, que Carolina anduvo asimismo, pero de otra manera, más pausada. Carolina era emotiva y pasional: su obra *El amor de los amores*, es una prueba; Espronceda, impetuoso: lo acreditan las barricadas de París de 1830, donde actuó; su exilio a Portugal, su internamiento en Guadalajara...

Casó Carolina con un diplomático americano. Fué feliz, tuvo acomodo y amor. Desconsuelo luego, cuando escribió en su poema «Última luna del siglo XIX»:

«Misterio es que la luna  
sirva de hermoso lazo  
al desengaño viejo  
y a la nueva ilusión»...

Espronceda, desgraciado, en un exilio forzado a veces, voluntario otras, desesperado, anhelante, esperanzado: «Desesperación y Arrepentimiento» es la verdad de su doble estado de ánimo.

El lazo de unión entre ambos poetas paisanos, fueron unos versos que Espronceda dedicó a Carolina cuando ésta contaba sólo trece años de edad, y ya apuntaba su calidad literaria.

Respecto a Portugal, dos hitos en la vida de ambos: Carolina, compró el palacio de la Mitra en el año 1874, en Lisboa; poco después, Poço d'Arcos, en la ribera del Tajo, donde murió su esposo, y después, en 1911, también ella.

Espronceda, en sus flamantes dieciocho años, huído de España por revolucionario, halló a Teresa en Lisboa. Hallar a Teresa fué algo grande en su vida. Ella fué la musa que le inspiró el «Canto a Teresa», del «Diablo Mundo», y que a juicio de la crítica alemana, paciente en sus tareas investigatorias y exacta en sus juicios, son los mejores versos líricos que quizás se hayan escrito jamás en lengua castellana. Damos un extracto a continuación:

«¿Quién pensara jamás, Teresa mía,  
que fuera eterno manantial de llanto  
tanto inocente amor, tanta alegría,  
tantas delicias y delirio tanto?»...

En Portugal halló Carolina un remanso de paz para sobrellevar el dolor ante la muerte del compañero amado. Poço d'Arcos fué para ella como Yuste para Carlos V: sosiego, tranquilidad espiritual.

En Portugal, sin embargo, no halló Espronceda el sosiego, pero sí la inmensa alegría de encontrar a la mujer que lo fué todo en su vida. ¡Cómo debió amar a Lisboa, amando a Teresa! Porque la separación de Teresa, la traición, el abandono, se fraguó en Inglaterra, en París, en Madrid. Portugal fué sólo delirio de un amor primero y juvenil, y por lo mismo, recuerdo perenne. Los mejores motivos para la vida afectiva del poeta de Almendralejo.

El fino poeta Agustín de Foxá, escribió una vez que «la mejor tierra para vivir es Cuba, y para morir, España». Aludía al exotismo, a la alegría y a la vitalidad de la Perla de las Antillas, para ofrecernos una vida alegre, pletórica de encantos; y a la austeridad, a la paz y a la religiosidad de España para el momento del tránsito. Nosotros ampliaríamos el área para una buena muerte a Portugal, pues que en el país hermano se dan todas las circunstancias raciales, espirituales y religiosas, así como humanas, igual que en España. Por eso quizá, lo mismo que Carlos V, harto de trotar países europeos, eligió Yuste para morir, Carolina, cansada de la vida literaria de Madrid y de sus viajes a países como Francia e

Inglaterra, se fué a pasar sus últimos años y a morir a orillas del Tajo, el río comunitario extremeño-portugués, como el Guadiana, a morir frente al mar que cruzaron sus paisanos antaño en busca de ilusiones... Debe ser grande morir frente al Océano, allí donde el Mar de la Paja penetra tierra adentro, trayendo en sus aguas nostalgias y consejos de países lejanos. Después de cerca de un siglo sobre la tierra, Carolina, que tanto vió, corrió y vivió, murió tranquilamente en Poço d'Arcos, junto al mar de su Lisboa.

Con la tranquilidad de espíritu que pregonaba en su escrito Agustín de Foxá.

### III

#### COVARSI Y ENRIQUE SEGURA

Unidos por parentesco político, ambos tuvieron una constante común: su continuo visiteo a la nación vecina y el amor profundo que les inspiró Portugal, hasta el punto de que ni el uno pudo sustraerse a la tentación de plasmarlo en sus cuadros ni el otro en sus libros.

Pacense Covarsí y navarro Segura, aunque extremeño por matrimonio y convivencia, siempre tuvieron el pensamiento puesto en lograr un hueco en sus tareas para asomarse a las playas vecinas. De ese ir y venir continuo nacieron en Covarsí los siguientes cuadros, entre otros más, todos de ambiente portugués acusado: «Cosarios portugueses» (1907), que ganó 3.<sup>a</sup> Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes en 1908, y Medalla de Bronce en la Exposición de Buenos Aires de 1910; «La barbería de los contrabandistas» (1910), también 3.<sup>a</sup> Medalla de la Nacional de Bellas Artes de 1912; «Cazadores portugueses» (1921); «El relato» (1922), en el que el tema son los pescadores de Buarcos; «Portugueses en Badajoz» (1925), «En la raya de Portugal», Medalla de Oro en la Exposición Iberoamericana de Sevilla (1929-30), y «El grumete» (1930), también sobre los pescadores de Buarcos.

Los temas de los cuadros se limitaban a tres o cuatro asuntos: cazadores y cosarios, monteros llenos de humanidad y fortaleza; contrabandistas portugueses y tipos rudos de la raza lusitana;

marineros y pescadores de Figueira da Foz, de Buarcos, playas que el pintor extremeño visitaba en sus vacaciones de verano.

Enrique Segura, a pesar de no ser extremeño de nacimiento, dejó lo mejor de su vida en y por Extremadura. Redactor-Jefe literario primero en *El Correo de la Mañana*; colaborador de *HOY* luego y director de estas páginas ahora, enraizó en la región profundamente, y por vecindad y afinidad, su nexa con Portugal fué intenso y continuo.

Comisionado por la ciudad de Badajoz para los funerales por el último rey portugués, visitó Lisboa, haciéndolo nuevamente en su luna de miel, cuando contrajo matrimonio con una dama de Badajoz. Estancias en Figueira da Foz, Cascaes, Cintra, Lisboa y las playas de Espinho y Nazaret. En estas idas y venidas tuvo ocasión de conocer a gran número de literatos portugueses que le trataron con gran cortesía y afecto. Le regalaron un libro de «Contos» de Eça de Queiroz. Enrique Segura, que ama entrañablemente al país hermano, quedó hechizado por muchas circunstancias: el paisaje, austeridad y religiosidad de los habitantes de Nazaret; la impronta intelectual de la llamada «generación de Coimbra», muy semejante en influencia a la nuestra del 98; la buena mesa y la finura y galantería de «A Pousada» de Elvas; los «Contos» de Eça, acabaron de imbuirle su amor a la tierra vecina, y así nació la idea de biografiar al más interesante escritor portugués del último siglo.

«Para conocer Portugal—su entraña humana—, nos dice Segura, hay que ir a ver a los pescadores de Nazaret. El pintor Bonifacio Lázaro pintó exahustivamente aquél valor racial en sus cuadros, al igual que Covarsí hizo con otros lugares portugueses.

La publicación de la biografía de Eça de Queiroz por Enrique Segura, que la escribió en corto tiempo en Badajoz, coincidió con el cincuentenario de la muerte del escritor portugués. Fué como un homenaje a su memoria, aunque Eça no estaba ni estuvo nunca, por el valor de sus escritos, olvidado en Portugal. La obra tuvo éxito asombroso en Portugal, y bueno en España.

Antes de esto, Segura había colaborado en *O Mundo*, y aún hoy, en reciente charla con él sostenida en Madrid, nos contaba entusiasmado las excelencias de Portugal, visto con ojos extremeños:

«Es un pueblo—nos aseguró—del que tenemos que aprender

muchas cosas. Son los portugueses fidelísimos cumplidores de las leyes, corteses en extremo y amigos de sus amigos; y existe allí una minoría intelectual que nada tiene que envidiar a las mentes cultivadas de ningún país europeo.»

No puede darse un juicio mejor en menos palabras sobre Portugal. Es un piropo a la tierra que supo acoger y cautivar a cuantos extremeños pusieron sus pies en ella...

Por cierto que, ya que hablamos de Adelardo Covarsí y de Enrique Segura, no queremos dejar de reseñar un hecho significativo referente a D. Antonio Covarsí, padre del pintor, al que se llamó «El montero genial de Extremadura», por su plena y eficiente dedicación a la caza, que también es un arte, reconocido ya en la Edad Media con aquél libro famoso que llevó por título *El Arte de la cetrería*. Y traemos esto a cuento, porque Antonio Covarsí dejó algunas cartas de admiradores portugueses, entre las que se hallan algunas del Conde D'Arnos, entonces secretario del Rey portugués, D. Carlos I de Braganza, con quien Covarsí tuvo el honor de cazar en diversas ocasiones. En uno de sus libros cuenta Covarsí sus peripecias venatorias con el monarca portugués, elogiando la simpatía del Rey, al que le hace gracia la familiaridad del cazador extremeño, y al que nombra Caballero de la Orden de Santiago.

#### IV

#### AVALOS GARCÍA Y BONIFACIO LÁZARO

El gran escultor nacido en Mérida, Avalos, autor de la obra de Cuelgamuros y de otras de suprema grandiosidad, también tuvo estrechas relaciones con Portugal, que señaló recientemente en *A B C*, Julián Cortés Cavanillas, en una entrevista con él realizada. Entre otras cosas, Avalos le dijo a Cavanillas esto:

«En 1945 me fuí a Lisboa y a Oporto a exponer algo de la obra en serio—y no en serie—que había realizado. Me atendieron muy bien y el arquitecto Pardal Monteiro y otros, me encargaron estatuas y relieves para bloques urbanos, que esculpí, por primera vez, en piedra.»

Preguntado por el periodista si fué Portugal el talismán de su

fortuna, Avalos contestó así: «Desde luego. Los escultores portugueses son formidables y sin celos de clase alguna. Valoraron mi trabajo. Hice mucha obra, gané dinero y comencé a viajar por el mundo. Volví luego a Lisboa, a trabajar en nuevos encargos, y vine a España en 1947; pero mis estancias en la patria alternaron con otras tantas en Portugal.» Avalos es quizá hoy el escultor más cotizado de España: el que más trabaja, sin duda. El romanismo de Mérida, su ciudad natal; la grandiosidad de la gesta llevada a cabo por los conquistadores, sus paisanos, y la austeridad de la tierra extremeña, dejaron en él su huella, que se ha hecho realidad en la obra universal de Cuelgamuros (y decimos universal, porque con el Escorial y la Alhambra es quizá la más visitada por nacionales y turistas extranjeros, de ahí su amplitud de ámbito geográfico); en el «Túmulo de los amantes de Teruel»; en su «Cristo yacente», que fué premio de honor en la Nacional de Bellas Artes de hace unos años...

Avalos, que todo lo tiene ahora, que trabaja sin descanso, que ha llegado a la cúspide artística, hizo sus primeras realidades artísticas en Portugal.

Seguros estamos que nuestro escultor no olvidará esto jamás.

Amigo y compañero de Avalos, en la Escuela de San Fernando, fué el pintor Bonifacio Lázaro, que en 1944, llevó al escultor a Portugal, poniéndole en relación con algunos artistas amigos, como el escultor Leopoldo de Almeida, que era por entonces uno de los artistas más reputados en el país vecino, el cual acogió y apoyó con gran cordialidad a Avalos. «Esto—nos dice Lázaro—me alegró en extremo a proseguir en mi insignificante coparticipación, aportando todo mi entusiasmo para un mejor conocimiento, a través del Arte, de estos dos pueblos hermanos que son España y Portugal. Y sigo alentando este intercambio porque creo que el Arte es el medio más noble para el entendimiento espiritual de los pueblos.» Pero ya es hora de que, salvando el inciso referente a la relación de Lázaro con Avalos, hablemos del primero.

«El Arte es—nos dice el pintor—, en cualquiera de sus variedades o formas, lo que hace despertar en los pueblos el interés por conocer otros países, de los cuales llega hasta nosotros la resonancia de su cultura. Pero no es solamente la contemplación de joyas arquitectónicas o museos lo que promueve este ajeteo de curiosos

a los lugares más destacados en el mundo de las artes. Es también, y en alta medida, porque existen aún pueblos que mantienen intactas sus raíces atávicas. Estas razones promueven oleadas de visitantes de un extremo a otro de nuestro mundo.

Golosos buscadores de bellezas, de novedades, de rarezas. Todo este mundo de sugerencias que la sensibilidad y mente de los hombres capta, hace que la vida les brinde uno de los más bellos placeres de la existencia.»

Y Lázaro, antes de hablarnos de sus íntimas relaciones con Portugal, añade aún para justificar su plena dedicación artística:

«Son las cualidades de los pueblos, el medio ambiente donde éstos se han desarrollado y la labor realizada por los artistas en todas sus actividades, lo que promueven en otros artistas y otras multitudes el atractivo por conocer razas, costumbres, paisajes, poblaciones tan diferentes que cautivan al forastero. Este se siente seducido por el parentesco espiritual que pueda existir entre su alma y la que predomina en el lugar que visita.»

Y Bonifacio Lázaro prosigue:

«—Corrientemente se llama simpatía a esta elección que nuestro caudal emocional crea.»

Estas cualidades que Lázaro nos acaba de enumerar, son las que en alto grado obraron de manera decisiva en la orientación de su obra artística. El carácter que circunstancialmente vive en sus cuadros fué aprovechado por esa coincidencia entre su concepto y la fuerza expresiva de un extraño pueblo de pescadores. En esto fundamenta nuestro pintor la principal y tal vez única razón de sus relaciones artísticas con Portugal, intensísimas, a pesar de que Lázaro nació en Badajoz.

Nos contó que ni Londres, ni París ni Roma, ni otras ciudades artísticas universalmente conocidas, le fascinaban. El quería *pintar*. Intuía que algo extraordinario iba a encontrar en ese místico y dramático pueblo de pescadores: Nazaret. El Nazaret que tanto gustó a Enrique Segura, como más atrás queda dicho. Y a cuantos hombres de sensibilidad pusieron el pie en sus calles. Lázaro decía que no sabía qué fuerzas le condujeron a aquél lugar de maravilla. Fué su total encuentro. Se produjo el mayor asombro sufrido en su existencia. Los habitantes de Nazaret, pueblecito portugués, eran figuras que las tablas del cuatrocientos habían devuelto a la vida. Ocurría

esto en el año 1934. Volvió a Madrid para presentar la labor realizada como becario, en 1936, pero la guerra puso en medio un paréntesis de treinta y tres meses. En 1939 presentó algunos cuadros de ambiente portugués típico en lo que hoy es Museo de Arte Moderno. Años después expone en el Ministerio de Asuntos Exteriores, organismo que adquiere un cuadro suyo y le concede una pensión por dos años.

Vuelve a Nazaret para proseguir pintando [en esa cantera humana que es el pueblecito pesquero portugués, de tan feliz hallazgo. De esta época son dos grandes trípticos y otros cuadros más. Adquirido uno por el Gobierno portugués, para el Museo de Lisboa; el otro es Medalla en la Nacional del año 41, en Madrid, que posee el Ministerio de Comercio; obteniendo otra Medalla en la Nacional de 1943.

Intercaló su estancia en Nazaret con otros lugares que conoció accidentalmente en la provincia de Salamanca: Candelario y la Alberca, incorporando a su pintura la fuerte personalidad que fluía de su rústico y primitivo empaque. Su entusiasmo se expansionaba contando a sus colegas portugueses el hechizo que producían estos lugares sobre los artistas. Y así fué como Lázaro llevaba y traía esencias y proyectos artísticos de España a Portugal y de Portugal a España, contaminando con su entusiasmo a los pintores de acá y de allá de las fronteras. El encanto de Nazaret a Extremadura; la raigambre española a Lisboa.

Desde el año 44 al 51, vivió continuamente en Lisboa, volviendo a España en dicho año. En este tiempo, prosiguió un continuo visiteo a España como ahora, que reside en Madrid, lo hace con Portugal. Pero no le satisfacía ser él sólo el *gozador* de las bellezas que tanto le entusiasmaban. Deseaba que de ellas fueran copartícipes sus amigos y sus alumnos. De esta manera de ver las cosas surgió la idea de llevar a Avalos a Portugal.

Lázaro no fué sólo alumno de la Escuela de San Fernando en España, sino que vivió asimismo en Setúbal, y allí estudió en la Escuela de Artes y Oficios, y más tarde en la Escuela de Bellas Artes de Lisboa. Pero todos los años, un par de veces, iba a Badajoz, a su tierra, a ver a la familia y a disfrutar de los amigos. En Setúbal vivió en una casa junto al río Sado; el ir y venir de los barcos, las faenas marineras, las borrascas, las tardes serenas, toda

esa rica gama de sutiles emociones eran vividas, contempladas diariamente desde una hermosa galería de cristales que daba sobre el mar. Y de esa contemplación continuada nacieron muchos de los cuadros de Bonifacio Lázaro, de pura raigambre lusitana y marinera, como los de Covarsí, que representaron a los curtidos marineros, contrabandistas y cosarios de la vecina nación. De ahí que la temática artística de Bonifacio Lázaro sea la marinera, sobre todas. El sortilegio de tan extraño caudal emocional, fué el causante de esta directriz creadora.

Lázaro, extremeño como Ávalos, obtuvo éxitos buenos en Portugal, como el escultor de Mérida. El pintor concurreció allá a muchas exposiciones, logrando halagüeños éxitos. Fué Medalla de Honor y Caballero de la Orden de Cristo.

Pero el detalle quizá más importante de la relación del pintor extremeño con Portugal, aparte de lo puramente artístico, que tuvo gran mérito, fué, como le ocurrió a Espronceda, que en el país hermano encontró Lázaro a la que hoy es su mujer. Y quiso su designio, que además se hallarla en Portugal, fuera portuguesa. Acababa ella la carrera de violín en el Conservatorio de Lisboa, y él los estudios en Bellas Artes, cuando se conocieron. Después, el destino y los años, realizaron todo lo demás.

La última exposición de Bonifacio Lázaro en Madrid, se celebró en 1964, y en ella estuvo el que esto escribe, para contemplar unas docenas de cuadros de exquisita factura, en los que la temática española y portuguesa se hermanaban estrechamente por obra de los pinceles de un extremeño. Artista también su esposa, presentaba una serie de grabados y filigrana de joyería por ella concebidos y trabajados, que eran otra aportación de ese contacto luso-español que en lo artístico existió siempre.

Bonifacio Lázaro me dijo, por último, que era un gran amigo de Juan de Avalos. No es extraño, habiendo corrido semejantes caminos en pos de parejas ilusiones.

## V

## FINAL

No queremos cerrar este trabajo sin hacer balance de cuanto

queda dicho. La extremeña Carolina Coronado; murió en Lisboa, como asimismo su esposo Espronceda, encontró en Lisboa su amor; el pintor Covarsí creó gran parte de su obra artística con motivos portugueses, de cuya nación fué asíduo visitante; Enrique Segura, entre otras biografías, escribió la de Eça de Queiroz, el mejor novelista, con Galdós, peninsular del siglo XIX, portugués que le cautivó. Avalos «se hizo» allí, como quien dice, pues en Portugal encontró aliento para sus ambiciones artísticas; y Bonifacio Lázaro, en el 90 por 100 de sus cuadros presenta motivos o tipos portugueses, y en Portugal casó. Antonio Covarsí, el montero genial de Extremadura, cazó y fué admirado en la nación vecina por su contribución al arte de la cetrería: «la cetrería es arte», escribió Alfonso X el Sabio...

Y es que Portugal y Extremadura son tan vecinos, están tan estrechamente unidos, que hasta en lo geográfico, los ríos, las cordilleras, los unen. Por eso en la nación vecina hay una región llamada Extremadura también, y por algo, la antigua Lusitania—nombre que hoy lleva asimismo Portugal—, tuvo su capitalidad en Mérida, la ciudad en que Avalos nació.

Sean estas líneas un recordatorio para la estrecha unión que existe entre ambos pueblos hermanos, y que esperamos siga fructificando con un intercambio artístico y literario tan pujante o más, si cabe, que el hasta ahora llevado a cabo.

JUAN PEDRO VERA CAMACHO